

HISTORIA DEL CERCO A LA HISTORIA (HOMENAJE A JOSÉ SARAMAGO)

Juan Marchena Fernández

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

José fue maestro en tantas facetas... pero no deseo hacer aquí una hagiografía a quien no la necesita. Quiero referirme ahora a una de esas facetas concretas de José como maestro, cuando fue profesor en nuestro doctorado de Historia latinoamericana en la Universidad Pablo de Olavide. Ese bienio (2003-2004) el programa se llamaba “El Poder y la Palabra en la Historia latinoamericana”, y, como comprenderán, ante ese tema, la presencia durante toda una semana del Nobel Saramago con exclusividad para nosotros, causó lógicamente la mayor de las expectativas entre los veintitantos estudiantes que cursaban el programa, procedentes de toda América Latina.

José, con su siempre entrañable e inseparable esposa Pilar del Río, había aceptado muy gentilmente acompañarnos esos días porque, según me dijo, estaba muy interesado en encerrarse, prácticamente, con una colección de historiadores e historiadoras latinoamericanos y charlar y charlar y charlar, y sobre todo oír, oírles lo que tuvieran que decirle como estudiosos de un continente de pasado y de presente formidables: este encuentro sin prisas era para él una gran ocasión. Me sorprendió su respuesta: os aseguro que rara vez he tropezado con alguien a quien le guste más oír que hablar; he conocido a muchas y a muchos a quienes les encanta decir, decirse, y más aún oírse. No era este el caso, aunque uno de los doctorandos me dijera al respecto, “Hay que ver... con las ganas que tenemos de oírlo a él, y en cambio él lo que quiere es escucharnos a nosotros”.

Pero quedaron sorprendidos enseguida, desde la primera sesión (debo indicar que duraban cuatro horas, toda la mañana, que nadie interrumpía), ya que para José oír era la primera fase de conversar, un verbo poco conjugado normalmente; y dado además que cada mañana con José se transformaba en una lección de historia; en una gran lección de historia. No solo porque muchos de sus textos –*Memorial del Convento* (1982), *El año de la muerte de*

Ricardo Reis (1985), *Historia del Cerco de Lisboa* (1989), *El Evangelio según Jesucristo* (1991), aún no había escrito *El viaje del elefante* (2008)—tuvieran que ver directamente con la historia, sino por el concepto de tiempo que manejaba. Le era difícil separar el pasado de su propio presente, como si este fuera un destilado de aquel. Saramago entendía que había que atender las llamadas imprecisas de la memoria, aun de las pequeñas memorias, oír las voces bajas de la historia, el rastro que deja un silencio mudo. Las historias que narraba eran parte de su propia historia, o al menos eran esas las que le interesaban. Y no de su historia personal, sino de su historia colectiva, de la cual la suya era un elemento más, afirmaba.

Lo que los estudiantes vinieron a deducir enseguida era que José les estaba hablando de la historia de todos y cada de uno de ellos, que se iniciaba, que cobraba cuerpo, que se materializaba, en las historias de cada uno, que se gestaba a partir de las mismas. En este sentido, quedaron en silencio durante un buen rato cuando les dijo que para él lo importante no era saber o conocer *quién soy*, sino *qué soy*.

Alguien escribiría años después que cuando José se sentía cómodo en una conversación y ante determinadas personas, el aire se detenía, pero a la vez la atmósfera temblaba. Y eso es lo que sucedía en el aula todas las mañanas. José, entrelazando los dedos de sus manos, oyó acerca de cada una de las tesis que los estudiantes preparaban, de cómo las estaban enfocando, de cuál era la naturaleza del problema de estudio, cuál la pregunta a responder, la incógnita a desvelar. Respondía con la sencillez inequívoca de su estatura (un monumento raro, dijo alguien de él) que si alguno pensaba que esa historia, esa pregunta, esa incógnita era importante, tenía que serlo también y sobre todo para sí mismo. Y que si no era así, más valía no escribir nada.

En esas mañanas, tomó la mayor parte de las referencias sobre el tema a partir de su obra *Historia del Cerco de Lisboa*, precisamente en la que la historia, el concepto, el uso, el manejo, la construcción de la historia, constituyen el nudo central de la novela. Como es sabido, esta gira en torno al hecho de que un reservado corrector de imprenta, Raimundo Silva, revisando en busca de erratas el texto de una monografía que un historiador produjo sobre la conquista de Lisboa a los musulmanes en el siglo XII, introdujo en él, a propósito y conscientemente, un simple, pequeño, desnudo, escueto NO en una aseveración canonizada por la historia tradicional. Con este NO ahí introducido por el corrector, el hecho hasta entonces incuestionable de que los cruzados europeos, en su camino hacia Tierra Santa, ayudaron al rey portugués Don Afonso Henriques a cercar y conquistar Lisboa, quedaba ahora objetado, y la historia convertida en otra muy diferente: los cruzados NO ayudaron al rey a conquistar Lisboa. El NO modificaba todo el texto, alteraba toda la historia, que tenía que ser rehecha de principio a fin, en cuanto si los

cruzados NO ayudaron a los portugueses a conquistar Lisboa, esta conquista fue por tanto una acción definitivamente propia, independiente y autónoma de la corona de Portugal, a partir de la cual quedaron instaurados los principios de la autonomía, soberanía y legitimidad de la monarquía lusitana, y por tanto de toda la nación y el pueblo portugués hacia el futuro, es decir, hacia el presente del que escribe y del que lee.

Un NO que subvertía la historia, que negaba los hechos objetivos hasta entonces sacralizados. La verdad absoluta quedaba alterada frente a la rebelión y la insubordinación del autor, que ahora construía, desde el NO así introducido, una historia completamente diferente.

José insistía a los estudiantes, a partir de este texto del que les leía fragmentos, que la historia tenía que ser vida, porque la historia fue la vida real en el tiempo en que aún no podía llamársele historia.¹ Si no, apuntaba, nos conformaremos siempre con lo anteriormente escrito, o solo realizaremos una más de las mil veces repetidas y contadas descripciones de hechos, lugares y dichos de personas relevantes y destacadas, estando así las páginas de los libros de historia vacías de ideas nuevas, de interpretaciones polémicas, de replanteamientos, de preguntas por responder...² Es lo que sucede cuando al historiador no le vale la pena averiguar ni elegir,³ quedando consignados los hechos como inamovibles y, por tanto, inconvertibles.⁴ Por eso un simple NO pasa a cambiar la historia: "Así está ahora escrito y por tanto pasó a ser verdad, aunque diferente; lo que llamamos falso ha prevalecido sobre lo que llamamos verdadero, ocupó su lugar".⁵

A partir de escribir ese NO, el corrector fue obligado por la editorial a escribir una historia nueva, para lo que relejó las fuentes con nuevos ojos, agitándolas, y el resultado vino a resultar bien distinto, donde nuevos personajes, antes sin importancia, cobraban ahora toda la fuerza, y las repercusiones de cara al futuro desde ese hecho, es decir, hacia al presente, eran también bien diferentes.

José mostraba ante los estudiantes las preguntas clave que él se hacía, que el corrector de pruebas se hacía, a la hora de abordar cómo contar esa nueva historia:

Lo que realmente importará del caso es saber que Raimundo Silva, después de haber preguntado, Qué voy a escribir, preguntó Por donde voy a empezar. Se diría que la primera pregunta era la más importante de las dos, porque es la que

1. José Saramago, *Historia del Cerco de Lisboa*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 17.

2. *Ídem*, p. 47.

3. *Ídem*, p. 57.

4. *Ídem*, p. 58.

5. *Ídem*, p. 60.

va a decidir sobre los objetivos y las lecciones de lo escrito en el futuro, pero, no pudiendo o no queriendo Raimundo Silva remontarse tanto que acabase por redactar una Historia de Portugal, felizmente corta por haber empezado hace tan pocos años y tan a la vista estar su límite máximo que es, como queda dicho, el Cerco de Lisboa, y careciendo de suficiente marco narrativo un relato que empezase solo en el momento en que los cruzados respondieron, Negativo, a la petición del rey, se perfila entonces la segunda pregunta como referencia factual y cronología ineludible, lo que equivale a preguntar, usando palabras del pueblo común, Por qué punta empieza esto”.⁶

De modo que el autor, Raimundo Silva, escribía Saramago, se veía necesitado de retroceder un poco en el tiempo, por ejemplo, empezando por el discurso de Don Afonso Henriques ante los cruzados, lo que, por otra parte, le permitía realizar una nueva reflexión sobre el estilo y las palabras del orador, llegando a plantear la existencia de otro discurso del rey, más de acuerdo con el tiempo, la persona y el lugar, o, simplemente, más a tono con la lógica de la situación, y que por su sustancia y particularidades pudiera explicar la negativa de los cruzados del norte de Europa a participar en el cerco lisboeta.

Para ello, continuaba José, era necesario saber quiénes eran los interlocutores del rey, para quién hablaba, qué gente tenía delante. “Afortunadamente no se trata de un imposible, basta ir a la fuente limpia, a los cronistas, a la propia Historia del Cerco de Lisboa. Esta que Raimundo Silva tiene sobre la mesa es muy explícita, no hay más que hojear, buscar, encontrar, la información es de buena fuente, se dice que directamente del célebre Osberno...”⁷ Y ello aunque las fuentes luego se ramifiquen, proliferen en segundas y terceras, se conviertan en una “multiplicación de esporas”, a las que el autor tiene que poner un límite... si es que no se copiaron mal, desde el mismo momento o a lo largo del tiempo hasta que llegaron a nosotros, o donde solo anotaron lo que habían oído decir, y las alteradas de buena fe, las que interpretaron, las que rectificaron, aquellas a las que tanto les daba una cosa u otra, “y también las que se proclamaron en única, eterna e insustituible verdad, sospechosas estas por encima de cualquier otra...”⁸ Empezando por los personajes, los de primer, segundo y tercer plano: “De qué manera ha de lidiar Raimundo Silva con toda esta gente, es la formal pregunta. Por su gusto, suponemos que tomaría a cada uno de ellos de por sí, estudiaría su vida, los precedentes y los consecuentes, los amores, las disputas, la bondad y la mal-

6. *Ídem*, p. 150.

7. *Ídem*. Osberno, personaje histórico relacionado con el Cerco de Lisboa en 1147. Autor, al parecer, de la carta escrita, en latín medieval, que hace referencia al Cerco, “De expugnatione lyxbonensis”.

8. José Saramago, *Historia del Cerco de Lisboa*, p. 151.

dad que en ella hubo”,⁹ debiendo evitar “aquellos movimientos de simpatía o repulsa instantáneos, por así decir periféricos al núcleo de las cuestiones, que no pocas veces acaban haciendo depender de acríticas preferencias o antipatías personales lo que debería decidirse conforme a los datos de la razón y, en este caso, de la historia”.¹⁰

Así, la pregunta sobre el por qué los cruzados se marcharon hacia Tierra Santa sin participar en el Cerco de Lisboa, no podía ser respondida en la narración de la “historia verdadera”, sino en la creación de otra historia, a partir de una relectura de las fuentes, y situada en la lógica de los personajes y de la situación de ese preciso momento y no de otro posterior. “Se daba cuenta de que mientras no resolviese la dificultad no sería capaz de avanzar, y se sorprendía, acostumbrado como estaba a que en los libros todo pareciese tan fácil, espontáneo, casi necesario, no porque efectivamente lo fuese, sino porque cualquier escrito, bueno o malo, siempre acababa por presentarse como una cristalización predeterminada, aunque no se sepa cómo ni cuándo ni por qué ni por quién”.¹¹ Y en esa relectura, en ese situar a las fuentes en su propia lógica, era donde se descubría el hecho de que los cruzados se fueron porque el rey no estaba dispuesto a pagarles lo que pedían. Ahí aparecía la razón del NO, “la justificación última e irrefutable de su atentado contra las históricas verdades”.¹² Y la consecuencia de esta negativa: El rey, en su discurso a los cruzados, les aseguró que no les pagaría sus pretensiones: si se quedaban, que fuera por su propia decisión, puesto que, en realidad, no necesitaba su ayuda —“para que no nos veáis tan desprovistos de fuerzas y de coraje”— ya que él contaba, como portugués, con la ayuda de Nuestro Señor Jesús Cristo. Del NO de los cruzados se derivaba por tanto la vinculación Cristo-Portugal-Independencia, que quedó así sellada para siempre.¹³ Portugal quedaba, por tanto, ante la negativa de los cruzados a combatir, convertida en una nación de valientes frente a la cobardía extranjera: “Entonces marchad, y que Dios os acompañe hasta Tierra Santa, donde ya no podréis invocar ningún pretexto para huir a la batalla como estáis huyendo de esta”.¹⁴

Así, en esta nueva historia del Cerco de Lisboa, siendo otro el orden y las lógicas, otra sería la historia, otro el cerco, Lisboa otra, Portugal otra, infinitamente. La arenga del rey Don Afonso a las tropas portuguesas al alba, antes de comenzar el ataque, tuvo también que ser diferente: en ella forzosamente tuvo que hablarles de “la tierra natal, del futuro que nos espera, y si no habló

9. *Ídem*, 221.

10. *Ídem*, 231.

11. *Ídem*, 158.

12. *Ídem*, p. 165.

13. *Ídem*, p. 170.

14. *Ídem*, p. 188.

de los antepasados es porque entonces aún casi no los había, pero dijo: “Pensad que si no vencemos en esta guerra Portugal se acabará antes de haber empezado, y así no podrán ser portugueses tantos reyes que están por venir, tantos presidentes, tantos militares, tantos santos y poetas, y ministros y cavadores de azada, y obispos y navegantes, y artistas, y obreros, y oficinistas, y frailes, y directores... pero para que llegemos a tener todo eso en nuestra historia... es preciso empezar por conquistar Lisboa, y, en consecuencia, vamos por ella”. Los estudiantes quedaron mudos.

